

zación eclesiástica bajo los portugueses. El capítulo tercero recoge los documentos sobre los conflictos jurisdiccionales entre el Padroado portugués y la Congregación Romana de Propaganda Fide. Se aportan después, en el cuarto capítulo, los documentos sobre la erección de la jerarquía latina en 1886 bajo la jurisdicción de Propaganda Fide y la gradual eliminación del patronato portugués; esta medida implicaba la integración de los «cristianos de Santo Tomás» (no siro-ortodoxos) a la archidiócesis latina de Verapoly. Los dos capítulos siguientes versan sobre la separación de los «cristianos de Santo Tomás» de dicha archidiócesis, en 1887, mediante la erección de dos vicaratos apostólicos que constituían la Iglesia siromalabar, y el consiguiente desarrollo de esta Iglesia. El capítulo siete recoge los documentos que resuelven el problema jurisdiccional mediante la creación de eparquías, y el octavo y último se refiere en particular a la Iglesia siro-malankar.

El libro contiene una relación cronológica y bibliográfica de los treinta y cinco documentos, desde 1534 a 2001. El autor de la recopilación aporta una introducción general y una breve presentación de cada grupo de documentos para establecer el contexto. Los textos están presentados en la lengua original y la traducción inglesa. En su conjunto es un instrumento útil para obtener una noción de la historia del cristianismo en la India y es indudable el interés ecuménico.

E. Reinhardt

Guillermo PONS, *Europa, tierra de santos. Descubrir sus raíces cristianas*, Ciudad Nueva, Madrid 2004, 310 pp.

Hoy, cuando algunos políticos y sus corifeos mediáticos tanto se empeñan en negar la evidencia, evitando cualquier referencia a las más que notorias raíces cristianas de Europa, salen al mercado grandes y pequeñas obras que confirman reiteradamente el fundamento cristiano de la cultura europea. Una aportación

en esta línea es *Europa, tierra de santos* en la que su autor (sacerdote, Menorca 1931), después de realizar una pequeña introducción, presenta una larga lista de santos, hombres y mujeres europeos, que han contribuido a forjar lo que hoy es este continente. Por las páginas de este sencillo libro desfilan personajes fascinantes llegados desde todos los rincones del *viejo continente*, sea Ucrania o Bielorrusia, Islandia o Finlandia, Malta o Grecia. El autor recorre todos los países señalando una o varias figuras espirituales de relieve que han contribuido a darles su impronta cristiana y, en muchos casos, también su identidad nacional. Un libro entretenido que contribuirá, sin duda, a reconocer el destacado papel que los santos han tenido a la hora de forjar la realidad europea.

F. Labarga

ANTIGÜEDAD CLÁSICA Y TARDÍA

Inos BIFFI, *Fede, poesia e canto del mistero di Cristo in Ambrogio, Agostino e Paolino di Aquileia*, presentazione di Luciano Magliavacca, Jaca Book (Biblioteca di Cultura Medievale), Milán 2003, 129 pp.

Ambrosio, Agustín y Paolino de Aquileya coinciden en haber sido tres grandes pastores de almas para los cuales el canto, la música y la poesía eran componentes esenciales en la celebración litúrgica y elementos connaturales a la fe que profesaban. Inos Biffi, profesor emérito de la Facultad de Teología de la Italia Septentrional (Milán), recoge en este pequeño libro algunos artículos ya publicados que contienen interesantes reflexiones sobre el papel de las artes en la reflexión teológica de los primeros padres occidentales, especialmente San Ambrosio, a quien se dedican tres de los cuatro capítulos del libro. Para estos pastores, mitad poetas mitad teólogos, la música sagrada no sólo permitían celebrar los misterios de la

salvación, sino que expresaban la naturaleza de una Iglesia que hacía de la vida un canto de alabanza a Dios y son un anuncio del canto eterno de la liturgia celeste.

Paolino fue un pastor preocupado de la celebración y el canto en la Iglesia. Maestro del nuevo verso rítmico-acentuativo y dispuesto a revalorizar los esquemas métricos clásicos, el obispo de Aquileya se integra en el grupo de intelectuales que dio forma al renacimiento carolingio del siglo VIII. A él se debe el impulso que experimentaron determinadas formas poético-musicales como el planctus, el tropo, la secuencia o el drama sacro. Él mismo fue autor de himnos tan conocidos como *Felix per omnes festum mundi cardines* (fiesta de los Santos Pedro y Pablo), *Legis sacratae sanctis caeremoniis* (Presentación del Señor) o el famosísimo *Ubi caritas es vera*.

San Agustín dio forma a una concepción ética de la música desde que algunos cantos escuchados en Milán le conmovieron hasta las lágrimas. Analizando algunas obras del obispo de Hipona, Biffi llega a la conclusión de que San Agustín integra la belleza musical en la belleza definitiva de Cristo y reconoce la utilidad pastoral del canto para alabar a Dios en la celebración litúrgica (*divina spectacula*). El canto tiene además un significado espiritual que el cristiano puede incorporar a su oración, pues «el que canta alaba en la alegría», y «cantar es propio del que ama». No obstante San Agustín aconseja que la *pia musica* no cautive excesivamente los sentidos, ni oculte el texto o lo desplace a una posición secundaria, para que así pueda desempeñar su función de alabar la belleza eterna de Dios.

San Ambrosio, «el más musical de todos los padres de la Iglesia», es quizá el teólogo que mejor ha integrado la música y el canto en la reflexión teológica y en la tradición viva de la Iglesia. Aunque San Ambrosio no acumulaba tantos recelos como San Agustín, distinguía claramente el canto profano que se limitaba a embriagar los sentidos, del canto litúrgico concebido como forma sugestiva de oración. Para

San Ambrosio el canto facilita el ejercicio de la memoria, permite dominar las pasiones y, sobre todo, expresa la alegría de la alabanza a Dios. El obispo de Milán creó la idea de una Iglesia que canta al reunir al pueblo cristiano en la catedral para entonar himnos y salmos en el contexto de la lucha antitrinitaria con la corte imperial. Allí debían cantar todos –también un pequeño *parvulus*–, pero cantar bien, y no con el tono afectado de los actores de teatro, pues se debía respetar la naturalidad y la profundidad de los sagrados misterios. La costumbre era también la de alternar la recitación de los salmos consolidando la tradición del salmo responsorial que se mantiene hoy en la Liturgia de la Palabra.

San Ambrosio creó además una nueva forma de canto litúrgico, la del canto antifónico, y de poesía, la de los himnos, elaborando una síntesis a partir de la tradición judía, griega y latina, hasta dar con una forma poética y musical que ha modelado la vida litúrgica del Occidente cristiano a lo largo de los siglos. Poesía, teología y santidad se encuentran en estos himnos capaces de dar vuelo poético a un credo y –como acusaban a San Ambrosio su enemigos– de «seducir al pueblo» con el hechizo de sus versos.

El segundo y tercer capítulo del libro están dedicados a la cristología de San Ambrosio y al papel del misterio en su poesía. En el segundo (*Gesù Cristo in sant'Ambrogio*) se analiza el intento del obispo de Milán por reflejar el verdadero rostro de Cristo que empuja a la conversión y a la aceptación de la verdad. El tercer capítulo lleva por título *Il mistero cristiano nella poesi di sant'Ambrogio*, y en él se describe la presencia de Cristo en los himnos ambrosianos; un Cristo que se aparta del Señor hierático e impasible de la cristología imperial para convertirse en el centro vivo de la teología y de la oración cristiana. Adaptándose al tono más espiritual de estas páginas, la pluma de Biffi cambia de registro y se hace más poética para poder comentar la fecunda vena

literaria de este teólogo con alma musical que fue capaz de crear una poesía de los misterios.

El libro se cierra con un último capítulo que nos ofrece la traducción –con la inclusión del original latino– de los trece himnos que la crítica más reciente reconoce de San Ambrosio. Himnos que brotan de los sonidos más ordinarios de la naturaleza, como el *Ad galli cantum* con que comienza la colección, y llegan a los misterios más sobrecogedores de la fe como el *Deus creator omnium* que tanto deleitaba a Santa Mónica en su retiro de Cassiciaco. Para algunos, esta breve compilación de textos constituirá el mejor colofón de estas páginas escritas con sensibilidad poética que merece el tema.

A. Fernández de Córdova

INOS BIFFI, *La disciplina e l'amore. Un profilo spirituale di san Colombano*, Jaca Book (Biblioteca di Cultura Medievale), Milán 2002, 82 pp.

Inos Biffi es una autoridad bien conocida en el campo de la Teología medieval. Es ahora presidente del Istituto per la Storia della Teologia Medievale de Milán, y dirige la colección *Biblioteca di Cultura Medievale* y *Eredità Medievale. Storia della teologia da Boecio a Erasmo da Rotterdam* de la editorial Jaca Book. Su labor investigadora se ha concentrado sobre grandes figuras de la teología de los siglos XI, XII y XIII, y en preparar la edición de las obras completas de San Anselmo de Aosta y de San Columbano, sin olvidar sus aportaciones al estudio de la liturgia ambrosiana.

Este pequeño libro no pretende desvelar el «perfil espiritual» de este infatigable monje irlandés que en el siglo VII extendió el monacato céltico por la Galia merovingia y el Norte de Italia. Centrándose en los escritos que se han conservado de San Columbano y en la biografía que redactó Jonás, monje de Susa, el autor desentraña la espiritualidad de este monje, simple y complejo, que emociona por su

sencillez evangélica y suscita el estupor por la exigente penitencia que promovía a base de golpes (*percussiones*), azotes (*verbera*) y privaciones (*superpositiones*). La explicación de estos contrastes es uno de los objetivos prioritarios de Inos Biffi convencido de que, bajo la rudeza de este temperamento robusto, discurría una inmensa dulzura y una mística cristiana encendida y vigorosa.

La primera parte –dedicada a los escritos del monje irlandés– comienza recordando las líneas maestras del monacato céltico tantas veces oscurecido por el monacato benedictino que le sustituyó un siglo más tarde. Apoyándose en los trabajos de Flanagan, Leclercq y Vogüé, el autor explica el sentido que tenía la peregrinación para los monjes irlandeses, no como una alternativa a la vida cenobítica, sino como una práctica bíblica que hundía sus raíces en el peregrinaje de Abraham, y que suponía un beneficioso «ejercicio de mortificación» por la renuncia a la tierra o a los lazos familiares que comportaba.

Si de las *Regulae* y del *Paenitenciale* emerge un «hombre duro, austero, intransigente y rígido» por la penitencia que promovía, no podemos olvidar el espíritu generoso de conversión que siempre animó a san Columbano y dio sentido a su férrea exigencia. No se trataba de un amaestramiento a golpe de fusta sino de una liberación del pecado, pues no se trataba de castigar el cuerpo sino de convertir el corazón; de ahí que el monje irlandés prestase una particular atención a los pecados internos, y no tanto a los de la carne, mientras recomendaba prudencia en los medios ascéticos que brotaban como una necesidad para el seguimiento de Cristo.

En las seis cartas (*lettere*) que se conservan del monje irlandés se pone de manifiesto su personalidad libre e inquieta, capaz de hacer posible un hondo sentimiento de insignificancia con una defensa unilateral de lo que consideraba justo, como fue el caso de sus disputas con el Papado por la fecha de la celebración de la Pascua. Las duras advertencias que